

HENRY ALEXANDER GÓMEZ

La noche  
apenas respiraba



poesía













La noche apenas respiraba

Henry Alexander Gómez obtuvo mención honorífica en poesía en el IX Certamen Internacional de Literatura “Sor Juana Inés de la Cruz”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2017. El jurado estuvo integrado por Carmen Boullosa, Antonio Deltoro y Alí Calderón.

COLECCIÓN LETRAS



poesía

HENRY ALEXANDER GÓMEZ

# La noche apenas respiraba



GOBIERNO DEL  
**ESTADO DE MÉXICO**

Alfredo Del Mazo Maza  
*Gobernador Constitucional*

Alejandro Fernández Campillo  
*Secretario de Educación*

CONSEJO EDITORIAL

*Presidente*  
Sergio Alejandro Ozuna Rivero

*Consejeros*  
Rodrigo Jarque Lira, Alejandro Fernández Campillo,  
Marcela González Salas y Petricioli, Jorge Alberto Pérez Zamudio

*Comité Técnico*  
Félix Suárez González, Marco Aurelio Chávez Maya

*Secretario Ejecutivo*  
Roque René Santín Villavicencio

*La noche apenas respiraba*  
© Primera edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2018

D. R. © Gobierno del Estado de México  
Palacio del Poder Ejecutivo  
Lerdo poniente núm. 300,  
colonia Centro, C. P. 50000,  
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Henry Alexander Gómez Ríos

ISBN: 978-607-495-636-8

© Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal  
[www.edomex.gob.mx/consejoeditorial](http://www.edomex.gob.mx/consejoeditorial)  
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal  
CE: 205/01/34/18

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

# PRUEBA DE BALÍSTICA



Gracias por el árbol  
que se interpuso entre la bala del francotirador y yo.  
No sé qué fue lo que lo hizo moverse  
a la hierba momentos antes de que el Viet Cong  
levantara su rifle silencioso.

YUSEF KOMUNYAKAA

Después de la batalla, no había sitio donde  
amontonar a nuestros muertos, tan sucios y ojerosos,  
desparramados en el pasto como sobras de este duro combate.

ANTONIO CISNEROS



## Primer día

Una suerte de poema ciego ardía  
a nuestras espaldas.

Cada pequeño niño  
era pasado por la máquina y la bota militar  
para dejarlo hecho un hombre capaz de arrancarle  
el sudor a la noche con su aliento.

El aire quieto del batallón nos respiraba  
por la comisura de los labios.

El capitán cosió en nuestras muñecas  
las raspaduras de la guerra,  
nos ató los tobillos  
con el grito del guerrillero dado de baja.

El salto de la liebre fue la gran partitura.

Corrimos por la Plaza de Armas  
como quien intenta susurrarle un secreto  
al oído del viento,

lloramos en el campo de tiro,  
en medio de una risa sideral.

El peso del fusil entonó toda rendición.

Nada termina por crecer en esta tierra,  
ni siquiera el silencio y sus pesadillas.

Cada soldado llevaba  
un huevo negro en la palma de su mano.

## Gas mostaza

Un cielo tejido por la lepra  
llenó el canal que había en la falda de la montaña  
y nos rodeó de punta a punta.  
El teniente Rojas disparó varias veces su lanzagranadas  
como quien clausura las puertas de un laberinto  
donde la hiedra ha perdido el camino.  
Las granadas incendiaron la prisión  
y la soga del humo nos apretó el cuello  
hasta dejarnos desechos los pulmones.  
Incluso el aguacero se colaba  
debajo de nuestros cascos de guerra  
e intentaba encontrar un pequeño orificio  
por dónde respirar.  
El infierno tiró al suelo el armamento.  
El soldado Orozco le pidió a gritos  
a la virgen María  
que le atara el cordón de su bota militar.  
El sudor de los fusiles, por primera vez,  
me expropiaba del aire  
y me cosía los huesos uno por uno

a la risa astuta de la guerra.  
Nada quedó a salvo,  
ni siquiera las uñas aferradas a las paredes de cal.

—Han dejado de ser reclutas —nos gritó  
el teniente Rojas—, se acaban de graduar como miembros  
activos de las Fuerzas Militares de Colombia —replicó.

Despertamos con el uniforme lleno de odio,  
viejos,  
como niños expulsados del paraíso,  
con una constelación de sombras rotas detrás de las orejas.

Existe en el mundo  
un alto riesgo de caer en las cadenas  
que nos ofrece la victoria.

Las cosas iban perdiendo su color natural.

## Los cuarenta ladrones

El largo bastón que traigo de la guerra  
sostiene el arte milenario del hurto calificado.

Cada cosa era usurpada en el ejército:  
las toallas, las colchas, las cucardas, la munición;  
hasta robábamos el aire que llenaba nuestras bocas  
luego de las patrullas nocturnas.

Aprendimos, desde el primer día,  
a dormir con los setenta y cinco cartuchos como almohada,  
con el Galil anudado al brazo del sueño,  
para nunca perder la costumbre de ser víctima  
y asesino.

Nacimos, como François Villon, para guardar el mal  
en nuestras tiendas de campaña,  
para usurparle a Alí Babá cada una de sus sortijas de oro.

No podía ser de otra forma,  
vivimos con la certeza de caminar

por el filo de la orilla,  
sin ataduras,  
o, por lo menos,  
con la promesa de robar siempre en el patio donde  
Dios habilita todos los comercios.

Corsarios, piratas, bandidos, lobos de asalto,  
somos igual que el mal ladrón crucificado  
y condenado por Jesucristo,  
a imagen y semejanza de Bonnie y Clyde,  
de la raza ladina de Lex Luthor.

No fue Vincenzo Peruggia quien robó la Mona Lisa,  
fuimos nosotros, los soldados de Colombia,  
que siempre andamos con la sed guardada en los bolsillos,  
con una tercera mano  
para llegar a donde no nos alcanza la suerte.

Hay verdades que simplemente no son nuestras,  
pensamientos  
semejantes a una gradería de piedra  
en la que se asciende al bajar los peldaños:

igual que la guerra: pequeña metáfora  
que le hurta los ronquidos a Dios.

## El Borracho

El Borracho, le decíamos. Un soldado  
que rezaba a media lengua y disparaba  
por la culata de su fusil.

El lanza Ramírez era un puñado de niño,  
un medio hombre que intentaba cazar tigres  
con la mirada perdida.

En la noche no paraba de contar estrellas.

“Borracho, caiga en veintidós de pecho”,  
decía el capitán. “Borracho, usted sólo  
va a barrer la Plaza de Armas  
y va a brillar la estatua de mi general Mosquera  
hasta la madrugada”, le ordenaba el dragoneante.  
El sargento Maldonado lo levantaba  
a las tres de la mañana con un cubo gigante de agua.

Un día, mientras almorzábamos lentejas  
bañadas en quenopodio,

se voló los sesos con su Galil AR 7,62.

Dejó una gruesa pasta de sangre  
con pedazos de hueso por todo el techo del baño.

Lo levantaron como se ajusta una puerta caída,  
como quien pone una cortina negra  
para tapar la ventana rota.

Pero el Borracho, el lanza Ramírez,  
no paraba de contar estrellas.

Se quedó en el baño,  
espantando con su media lengua  
y quemando la lluvia con el hedor de sus sesos.  
Se le apareció en el espejo al sargento Maldonado  
cuando se cepillaba los dientes. Le cerró la llave del agua  
al cabo Zapata mientras se duchaba.  
“Te voy a matar, maricón”, dicen que le susurró  
al dragoneante Otálora, luego de voltear a un soldado  
que lavaba el piso de los retretes.  
Con mis huesos tiznados por el estruendo del miedo,  
sentí su torpe respiración una noche  
que fui al orinal, luego de prestar guardia.

Éramos soldados con el corazón disfrazado  
por la muerte, intentando olvidar el rostro de la madrugada  
traspasado por el rojo cañón de nuestros fusiles.

El sargento Maldonado  
pidió la baja.

El lanza Ramírez, el Borracho,

nunca paró de contar estrellas.

## La guardia

Escribo mi voz en la garita

donde otros soldados han grabado sus últimos secretos.  
Cada quién busca una palabra, un símbolo,  
un pequeño molino de viento que lo soporte en la memoria,  
y fundar así un tiempo sin orillas.

Cuántos hombres han escrito acá su despropósito,  
cuántos más habrán de esculpir sus iniciales con la bayoneta  
para dejar una huella imborrable  
en los muros lejanos del pensamiento.

Siempre habrá en la garita un soldado,  
un pequeño niño apuntando su Galil hacia la madrugada,  
la silueta anónima que vigila  
y se masturba al soñar con la muchacha que vende tintos  
en la puerta del batallón.

Digo que es el mismo diablo  
quien escribe en estas cuatro paredes,

la mandíbula torcida del ángel quien señala los viejos  
pedazos de sol que entran por la ventana.

Arrojo mi voz para que los días se encojan y perdure  
mi palabra en la boca quebrada de quien ha de sucederme.

Pero los días finales truenan  
como una granada lenta que parte el tiempo en dos.

## De patrulla

### Las mujeres

venían desde cualquier rincón  
y nos saludaban  
con sus pañolones caídos. Fundaban  
todo un continente en nuestras vísceras.

—Yo le pago la que quiera,  
soldado Gómez —decía el capitán—,  
usted sólo escoja.

El Escalón Rojo era un vendaval de frutas ácidas  
moviéndose a lo Héctor Lavoe. Las extrañas  
genealogías del amor  
crecían desde la barra del bar al lanzagranadas  
terciado a mis espaldas.

El humo escarlata  
de los cigarrillos se acomodaba en los sillones  
donde cada soldado urdía la geometría simple  
de los mundos inacabados.

—Vengo desde atrás de la lluvia —me decía  
Maritza, y su rímel se propagaba por el aire  
hasta llenar de estrellas  
cada puesto de guardia en el batallón.

## Augurio

El agua florecía en el corazón del muerto  
y anunciaba la próxima derrota.  
Nos habituamos a contar profetas abatidos en combate.  
Las mil estaciones de la lluvia se expandían  
por el alojamiento de la Compañía Ayacucho y,  
en medio de una quietud solapada,  
jugaban una ruleta rusa  
que medía la delgadez de cada soldado.

Padilla se pegó un tiro en la garita Cuatro Vientos,  
mirando la fotografía de una mujer de la cual  
no recordaba su nombre.  
En cambio Jiménez murió de un navajazo en el cuello  
por gritar el nombre de una prostituta  
en un burdel del barrio Siete de Agosto.

Arévalo, jugando a imitar a Sylvester Stallone,  
soltando balas de cañón como semillas de trigo en la siega,  
le disparó sin querer al lanza Gutiérrez de quien sólo quedó  
un par de audífonos que tronaban

el *Imaginations from the Other Side* de la agrupación  
Blind Guardian.

Luego del estallido de una bala de salva  
en el rostro del soldado Martínez,  
lo que le dejó un ojo inservible, comprendimos  
el arte de las cartas puestas sobre la mesa,  
la quiromántica lectura del universo que bailaba  
sobre nuestros cascos de guerra.

La noche mostró sus dientes  
y un lienzo de tierra  
nos bautizó con un aire leproso  
de polainas incendiadas.

Entonces,  
nos acomodamos cada uno en su catre  
e intercambiábamos guijarros, migajas de pan, silencios.  
Todo, para no estar solos.

## Catatumbas

Luego de una tacada de veintidós carambolas  
en el rústico billar del casino  
descendemos al “sótano” de la Compañía Ayacucho.

A través de un pasillo subterráneo  
que se cuele de extremo a extremo del edificio,  
y por una grieta,  
abierta por algún temblor de tierra,  
violamos la puerta secreta que lleva al inframundo.

Una vasta red de túneles  
nos muestra las alucinadas formas de la noche,  
su oculto galope por entre las guardas del tiempo.

—Atrás está el Bronx  
y adelante los túneles que llegan al Congreso —dice Rojas,  
mientras suelta en una hoja de papel  
unos gramos de marihuana.

Las pátinas de sombra  
y las pequeñas luces se bifurcan  
hacia cada lado creando un extraño laberinto  
que haría enloquecer a Teseo.

—Fue en la época de la persecución  
a los jesuitas —agrega Martínez—, ellos construyeron  
estos pasadizos para ocultarse o escabullirse. Tienen  
cientos de kilómetros, unos van hasta el Palacio de Justicia,  
otros hasta la Casa de Nariño.

De soldados pasamos a ser espeleólogos,  
artesanos de la locura  
o escribanos en los largos conjuros  
de la mitología urbana y vamos de galería en galería,  
entre los estrechos pasillos que no van a ninguna parte,  
y oímos una música más allá de las volutas de tierra.

—Son los cuerpos del 9 de abril  
que descansan en sus muros —se oye otra voz desde el umbral,  
atizada por un walkman que huele demasiado a AC/DC.

Un ruido de muertos, una tormenta de máquinas,  
un carbón de voces  
que nos trepa por las piernas hasta dejarnos los pensamientos  
llenos de fantasmas.

—Por acá sacaban los cuerpos  
los usurpadores de cadáveres —dice Duarte,  
y su rostro brilla como una antorcha  
detrás de una ligera máscara de plomo.

## Antimotines

I

La diana fue a las tres de la mañana.

Una ducha colectiva nos desvistió del sueño

y la luna

amarillenta

se coló entre las manchas

de nuestros uniformes de guerra.

El sargento Maldonado dio la orden

y los soldados marchamos

como moscas

con la bayoneta atada a la punta de los fusiles.

Una nube de fuego aulló adentro de las bocas

aprisionadas por las máscaras antigás.

El lanzagranadas mordió el aire una vez más

y le dio a la madrugada un hechizo de extrema palidez.

Un alud de truenos secos  
sacudió el batallón.  
Nuestro baile “antimotines”  
nombró cada uno de los miedos.

Todo fue inútil,  
excepto porque nos acostumbramos a desayunar  
Agente Irritante CS con huevo duro y jugo de naranja.

II

Un par de años después,  
el peso del mundo o la gran transparencia  
me colocó al otro lado de las filas.

La movilización estudiantil,  
los conciertos de guitarras eléctricas  
y las consignas en la Plaza de Bolívar  
me devolvieron el mortífero gas al cual ya era inmune.

Corrí por la carrera Séptima  
huyendo de la sal.  
Vi a mis compañeros desaparecer para siempre  
adentro de las tanquetas antimotines.

Al final,  
escuché una voz queda  
anunciando mi implacable destierro:

aprendí que la vida  
siempre viene envuelta en papel de aluminio.

## Campo de concentración

Francisco era un hombre reflexivo,  
pintaba tanto como fumaba papeletas de bazuco.  
Despertaba al atardecer igual que un espejo  
picado por el viento y reflejaba toda la sordera de la noche.  
“Yo nací en un hogar sin padres,  
en una época en la que no había oportunidades.  
Me volví rebelde y me tiré a la calle”.  
Un bosque en llamas rugía adentro de sus cuadros.  
Una tarde estaba tan drogado  
que intentó robar a un soldado que regresaba de licencia.  
La patrulla lo encontró a un lado  
de la Plaza de los Mártires con la mitad del botín.  
Nunca un hombre recibió tanto culatazo de fusil.

Vi a hombres morir por un disparo  
a un lado de los puestos de guardia, vi a hombres mutilados  
por la sed de la coca, cientos de papeletas como gaviotas  
partiendo el aire y la tierra. En la calle del Bronx  
y en el Cartucho se vivía otro combate.

Las patrullas se resumían en abofetear  
cada niño dormido en el ardiente invierno del asfalto.

Un viernes de 1999,  
los viejos trastes y sus carritos de supermercado  
desataron una caótica ofensiva  
enfrente de la Compañía Ayacucho.  
“Los locos” del Cartucho incendiaron la ciudad,  
el día fue un hombre negro  
jalonando los automóviles de la avenida Caracas.  
Las piedras alumbraron  
el cielo como bengalas lanzadas por el color  
de la desesperanza. Alguien se paró en medio  
de la estación de servicio Texaco  
y le prendió fuego a un distribuidor de gasolina.  
Nosotros lanzamos tantas granadas de gas  
que el viento terminó por arrodillarse  
para suplicarnos un poco de gratitud.

Fue el final del comienzo,  
la procesión de los bastones rotos.

No hace falta disparar,  
basta mover la piedra un poco para que se levante  
un rumor descalzo de palabras  
que siempre son nuestros torpes pasos.

## Primer disparo

### El primer poema

lo escribí en una garita de guardia  
en el Batallón de Policía Militar N° 13.

Tenía dieciséis años, un rifle y una pluma.

Era el tercer contingente de 1998  
y el eje transversal de la tierra  
me daba un instante preciso.

No sabía lo que era la poesía,  
pero lo sabía.  
No había leído a Georg Trakl, Olga Orozco,  
José Manuel Arango, mucho menos  
a Vladimír Holan,  
pero los había leído.

Un temblor en la pupila,  
el fuego tutelar del sueño,



Fueron los primeros dardos  
                  lanzados hacia ninguna parte,  
la piedra que soltamos  
                  lentamente al precipicio.

Algo más que huesos,  
una pequeña lápida para ser resumida  
                  como un atónito cruce de disparos.

## Desertores

El regimiento apestaba a detergente.

Las insignias militares cavaron un pozo en la mañana  
y usamos el Brilla Metal como pasta de dientes.

Después de la guerra

es difícil respirar,  
romper el cristal que enluta la voz.

Pero los audífonos

y los walkman de la compañía anunciaron

a La Pestilencia, Darkness

y Metallica en el Parque Simón Bolívar.

Saltamos por la garita Cuatro Vientos

como dos perros abiertos

que se mezclan con el hambre de los largos edificios.

Recorrimos la ciudad en busca del sol.

Alguien puso una mano en mi hombro

y soltó un par de monedas.

Descendimos al parque  
igual que dos profetas nacidos de la baba de Dios,  
dos soldados atizados por el eco  
de las guitarras eléctricas.

La Peste oscureció la tarde con “Fango”,  
aunque ésa es otra historia.  
Darkness nos lavó la risa con una pavada de cuervos.  
Cada hombre y cada mujer  
desataron los hilos de su espalda,  
abrieron sus pieles  
y salieron de sus propios cuerpos  
con “Master of puppets”.

Un tornado de campanas,  
un nido lleno de escapularios  
multiplicó la vigilia.

Corrimos como locos al filo de la música,  
saludando las lágrimas  
y la metralla perdida afuera de las bocas.

.....

Regresamos al batallón  
con una luna a medias,

pero un héroe de la patria  
le contó nuestra huida al sargento Maldonado.

El látigo de la infantería  
nos mordió una vez más las carnes.

Entonces,  
cuando mis brazos ya no podían hacer otra lagartija,  
pude leer  
en la pupila alta de la noche  
nuestra inmensa victoria.

## La Pestilencia

Una ráfaga de música  
levantó el plomo de las botas.  
El combate dio inicio  
en un único acorde  
y los proyectiles  
imitaron el vuelo  
de las partículas de gas.

El pogo iluminó los cuerpos  
igual que una ametralladora M60 a la madrugada.  
El Parque Simón Bolívar estalló  
en un movimiento de tierra  
y dividió el día en dos tajos de cielo.

El sueño nunca es lo que parece,  
o es sólo la medida inútil de la ausencia,  
así como son dos soldados  
que despiertan una mañana y escapan de la milicia  
para ir a un concierto hardcore punk.

Simplemente soltamos al aire  
nuestros uniformes de guerra, el aroma tibio  
de los morteros rasguñando la piel,  
y gritamos  
con un sol de rabia quemando nuestros bolsillos:

“Por las medallas de tu país:

¡Soldado mutilado!”.

## La fe

A veces, en alta madrugada,  
con la almohada encendida por el rumor  
de la metralla,  
me soñaba despierto al caminar  
por la Avenida 19,  
Ronnie James Dio en los audífonos,  
una cerveza en Inquisition Bar,  
y la gravedad de la hoja como un pañuelo blanco  
sobre las cicatrices.

A veces,  
cuando prestábamos turnos de guardia,  
doce horas seguidas en el Hotel Tequendama,  
el rifle erguido como un niño oscuro,  
y veía pasar a las muchachas con sus secretas sonrisas,  
me agarraba una pacífica vergüenza,  
una breve excitación igual a un amuleto  
tirado a propósito,  
a un lado del camino.

Era la negación de estar presente.

Un día,  
el teniente Martínez nos hizo  
hacer tantas flexiones de pecho que los soldados  
terminamos por quedarnos quietos, fijos  
como estrellas vacías.  
La revolución las monedas rotas hizo fe en el acto,  
y masticamos una por una cada orden  
hasta escupirlas con rabia al suelo quemado  
por nuestras malas costumbres.

Nos doblaron los turnos de guardia, nos hicimos  
transparentes por la falta de sueño. El casco de la guerra  
suspendido entre las nubes, los rostros amputados  
por el precipicio de las horas.

Pero la lápida del tiempo borró las iniciales,  
y densas telarañas cubrieron el batallón.

El filo de la bayoneta encendido por el temblor del paraíso  
nos hizo inocentes por primera vez,  
en medio del polvo,  
adolescentes exhumados por la gloria de la derrota.

## Literas

Incluso cuando cargamos en las patrullas nocturnas  
la herida intacta del amor,

incluso cuando abandonamos el puesto de guardia,  
crecidos en el centro del aire,

incluso cuando las huellas del campamento enemigo,  
bandean de un lado a otro nuestra condena,

incluso cuando el estrés de los baños públicos  
se aferra a las tristes costumbres,

la cama  
le roba al soldado su peso,  
se tiende  
para que asistamos,  
una y otra vez,  
al fin ocioso del mundo.

La cama  
le quita a Dios su envoltura  
y nos ofrece la bondad de una sopa de sueño.

.....

Entre las sábanas  
comidas por las polillas,  
sólo la muerte ocupa mi lugar.

## Instantánea

Las horas se repetían a sí mismas  
enfrente del Hotel Tequendama.  
Un gringo de ojos amarillos,  
que no paraba de mirarnos y comentar cosas  
con una pelirroja que inundaba el sol con su perfume,  
nos pidió en inglés o en alemán  
una fotografía con él a la mitad.  
Enfilamos nuestros fusiles  
y los cascos resplandecieron  
como una piedra embetunada por el desagüe  
de la muerte.  
Arévalo apenas le llegó a la cintura  
al gringo de ojos amarillos que nunca sonrió  
ante el *flash* de la cámara.

El sargento primero, de apellido Linares,  
era el fotógrafo del batallón.  
Los soldados, cargando los morteros  
o las ametralladoras M60,  
formábamos con ansiedad delante de la cámara.

Las poses de combate bien podrían  
llenar los pósters de *Full metal jacket*  
o *Apocalypse now*.

Ya en terreno, en medio de la milicia,  
con los polígonos en frente de lucha,  
las pistas de entrenamiento militar y el asalto  
a muerte sin armamento, el sargento Linares  
no paraba de abrir los ojos  
y obturar el epitafio de cada soldado.

Era la escritura de Dios,  
un juego de niños  
que hoy inunda el viejo álbum familiar y expande  
el ruido vaporoso de las catedrales.

Yo juego con el destino,  
también nosotros llenamos ahora Facebook  
con *selfies* disparadas en Auschwitz,  
El Salado,  
la Franja de Gaza o Alepo.

La guerra es una palabra fotogénica.

## El día D

El pelotón de relevo llegó justo a las diez.  
Con un bozal de tierra,  
liberada por nuestros camuflados de guerra,  
sellamos la boca lenta del viento  
y bautizamos al sol por cada mes de guardia.

Gritamos con los ojos abiertos  
para saber que era verdad,  
para entender que las esquirlas de la luz  
encendían ahora todas sus culpas.

Tenía diecisiete años.  
Un tamal de despedida, el diploma  
y la libreta militar  
—que luego perdí en un atraco callejero—,  
me dieron la dignidad del preso  
que es declarado inocente.

El golpe de la metralla,  
los fusiles suicidas, la morfina

y el relámpago,  
se hizo un eco apenas,  
un leve empujón para saltar a otro abismo.

Cada quien hizo su suerte,  
un jardín sin nombre para respirar  
debajo de las piedras,  
en medio de las antorchas que sostienen el cielo.

Ignoro lo que soy,  
me encojo  
para olvidar los clavos arrancados,  
el humo de la derrota en el ancho alojamiento  
de la Compañía Ayacucho.

Pero la geometría de la vida aún me trae  
el olor del betún y la pólvora quemada.

Inmóvil  
es el fósil que fermenta las cicatrices,  
la palabra invisible  
que ahueca el pasado.

En un ron con Coca-Cola adiviné la madrugada.

## *Doppelgänger*

Quien escribe esto es otro,

No el que va por las calles del centro de Bogotá  
desandando la lluvia,

No el que se acuesta cada noche en los bares  
a escuchar un rock pasado de moda,

No el que registra desesperadamente las bibliotecas  
y busca una palabra que lo nombre,

No el que se espanta con las caras de los edificios  
arrugados por una oración impronunciable,

No el que vive en medio de un cielo funerario  
y saluda a los árboles,

No el que enciende la computadora a diario  
y lee viejos *e-mails* de amores en desuso,

No el que se inmola en los hospitales psiquiátricos  
en una súplica de vieja prostituta,

No el que parte hacia las montañas del misterio  
custodiando aquello que no tiene un lugar sobre la tierra.

No soy este que se dice adiós a sí mismo.  
Escribo con un yo lejano,  
con una mano falsa e indefinida.

Se necesitan dos pájaros para completar la vida,  
una voz doble para crucificar el vacío.

Es otro  
quien se desarma una y otra vez en el mismo poema.

No tengo otro hijo que este yo deshabitado.

## Oración

El óbolo de la muerte

me llega como una promesa antigua.

Si he de hablar por los otros,  
Señor que vives aferrado  
al miedo de los hombres,  
si he de cantar por nosotros que  
vivimos para encontrar sólo un minuto de sosiego,  
habré de ungir mi frente y mis manos  
con la dignidad del soldado que no ha sido escuchado,  
habré de mirar con la pupila del toro que rompe  
el día con su pezuña,  
y he de hundir mis manos en una página más blanca  
que esta que me dice adiós.

Cada minúscula parte de la guerra  
que nos fue dada  
la hemos trabajado a tientas,  
entre las grietas de la esperanza.

He de apagar el día en la soledad y la ceniza,  
beber de una copa común,  
y hundir mi voz en esta herida,  
donde cada día crece la noche en total abandono.

Vivimos para cerrar el camino,  
Señor de las Ferreterías Sonámbulas,  
vivimos para cavar una trinchera  
en cada hoja de papel que pisamos.



# EL RÍO



Yo soy el río que viaja por las calles,  
tierra o cielo mojado  
Yo soy el río que viaja por los montes,  
roca o sal quemada  
Yo soy el río que viaja por las casas,  
mesa o silla colgada  
Yo soy el río que viaja dentro de los hombres.

JAVIER HERAUD

En las noches no nos asomábamos,  
nos habían dicho que veríamos  
la cara del diablo.

HORACIO BENAVIDES

Un conocido nuestro,  
torturado y maniatado que encontraron  
muerto en el río.

LA PESTILENCIA  
“Balística”



## Río abajo

Nunca, te lo digo,  
nunca antes los árboles de la noche  
fueron más claros.  
El parpadeo de las estrellas  
se posó directo en la punta del fusil.  
Mi compadre Orozco  
atinó a tartamudear alguna plegaria  
que quedó grabada para siempre  
en un palo de mango.

Entonces las reses mugieron  
como el pájaro que ha perdido la forma  
y el color, y descendieron  
con el viento amarrado a sus lomos.

Fueron tres horas montaña abajo,  
hasta la orilla del río Camoa.  
Tres horas con los labios secos de Dios  
silbándonos al oído  
la purga de una canción solitaria.



—Anoche un sueño me dijo  
que ya estás muerto, Jorge.

—Y tú qué vas a saber, María,  
a ti sólo te importan las cuentas,  
las sumas que registras una y otra vez  
en ese cuaderno que escondes  
detrás de los tarros de harina.

—Te lo juro,  
a ti te llevaron cuando tenías siete años.  
Nunca más supimos de ti.  
Te devoraron los largos pastizales  
y los fusiles puestos a secar al sol.

—Puro cuento, María,  
a ti siempre te gustó inventar historias.

—Nada más cierto, Jorge,  
tienes que aceptar que ya estás muerto.

Por eso, cuando entraste por esa puerta  
sólo yo te conocí, que soy tu hermana.

—No hables más, mujer. Mira  
que en el pueblo  
el gallo no ha parado de cantar.

## Subienda

Desde lo alto de la sierra  
el río viaja  
y nombra las cosas  
por primera vez.  
Sabe que antes del ruido  
se llamaba Martha  
y fabricaba tallos de luz  
para la gente pobre del pueblo.  
Sabe que Carlos era ebanista,  
que una tarde perdió su salario  
y otro poco  
en un juego de billar.  
El río lo dice y lleva a su espalda  
la ráfaga del Galil  
que partió en dos la noche.  
Recuerda cómo la carne  
también es transparente,  
igual que el guijarro que lanzo  
a sus aguas  
y escribe este poema.

## Emboscada

“Despierta”,  
me silba desde adentro de la casa  
un insólito hombre.

Por la selva a medianoche  
corren mi mujer y mis hijos.

“Es mejor que se levante”,  
dice de nuevo, “el estruendo  
y las estrellas aún no terminan  
de secar sus pecados”.

Atrás están los platos rotos,  
la puerta agujerada,  
y las piernas  
como dos manecillas  
de un reloj  
que ha perdido las pulsaciones.

“Es por su bien”, dice  
el forastero que tiene un rostro  
exactamente igual al mío,  
un hombre  
que es el mismo que yace sobre el suelo  
y no puede dejar de soñarme.

## Alejamiento

### Cada cosa

siempre busca su lugar.

El colibrí está lleno de flores,  
la música alimenta sus vocales,  
y los rayos del sol se acomodan como pueden  
sobre la alfombra de la tierra.

Pero yo no puedo estar acá,  
mis pasos respiran otra luz,  
y mi voz no es la que me precede.

Soy la línea que está  
entre dos preguntas que se buscan  
para dañarse. Una puerta  
que divide el tiempo  
en dos silencios distintos.

Cada cosa encuentra su molde en el aire,  
pero yo, simplemente, no quepo.

## Ángel de la guarda

Esta tarde mi ángel de la guarda  
vendrá a buscarme.

Desde ya puedo husmear su pluma pestilente  
que se cuele por debajo de la puerta,  
alcanzo a sentir el peso de su aliento  
batiendo un alcohol duro sobre mi boca,  
y su piel como una paloma rota llena de chillidos.

No conozco su voz, sólo el sonido  
de su mirada compasiva  
cuando gira la cerradura al marcharse,  
y las pocas monedas que lanza a un precipicio,  
sólo para imprimir la marca de la selva  
sobre la tez de mi sombra.

Aguardo a mi ángel en esta habitación redonda  
para que encienda todas las luces  
con la bataola negra de sus alas.

Espero, sí, con tranquilidad,  
como la mujer que lanza palabras sordas al espejo  
y nunca logra reflejarse. Sí,  
soy aquella  
que le pule a diario los dientes a la noche,  
la que nunca deja de nombrar a sus fantasmas.

Cada quien carga su lección de hambre.

## La despedida

La luna es alta,  
clara como el espejo.

El hombre cruza la selva  
sólo con su sangre  
mordiéndole la camisa.

Vengo de morir,  
de raspar la hoja  
como quien despluma  
estrellas.

Atrás están mis pasos:  
son el resumen de una piedra  
que no tiene raíces,  
la teoría de los días  
que siempre anuncian  
una despedida.

Nada existe debajo de la tierra,  
todo se parece a esta jungla oscura.

Vengo de nacer,  
de dibujar la palabra olvido  
en la cicatriz de unas manos.

En su casa,  
ni su mujer ni sus hijos  
supieron escuchar su plegaria.

## Silogismo

Nos dan un mapa para señalar la guerra,  
pero aquí sólo hay pensamientos  
fijos como una ceiba seca sobre los largos pastizales.

Hay quienes han visto el perdón  
detrás de una lámpara rota, pero sólo  
es un círculo, una breve línea que no tiene  
un comienzo o un final.

Pero es Dios quien nos visita  
en la madrugada, quien muerde la soga  
con la que atamos nuestro cuello  
y nos obliga a amar ese imposible  
que es la metafísica del sueño.

“El pueblo lleva su hambre a todas partes”,  
dicen quienes conocen la perfección de lo efímero.

Morir es llanamente nuestra cuota de silencio.

## Los otros

### Tiré la puerta

con la culata del AK-47.

La noche apenas respiraba.  
Adiviné la habitación  
donde un muchacho  
se arrodilló sobre todos sus santos.

El tiro de gracia  
lo lancé más abajo de sus palabras.

Levantamos los cuerpos  
con la vehemencia de un avaro.  
Luego, un tumor en la boca  
dibujó una canción improvisada  
detrás de un eucalipto.

La montaña,  
tranquila como la música,

fue entonces  
una mujer agradecida.

## Positivos

Con el paso de los meses,  
el temblor en las piernas  
es apenas un péndulo caído.

Es verdad que los ojos  
están llenos de tierra  
desde el origen de los tiempos. Ahora  
lo sé con certeza.

Desecho mi munición  
hacia los árboles  
donde las siluetas corren  
como palabras cerradas.

El ruido es  
un eco lejano,  
una oreja sorda que me habla.

Es allí cuando te fundes con la selva,  
eres uno y el polvo que desciende  
por el sudor de la piel.

Los ángeles son avaros:  
escriben con la mano izquierda  
cada epitafio.



# Índice

## PRUEBA DE BALÍSTICA

- 11 Primer día
- 13 Gas mostaza
- 15 Los cuarenta ladrones
- 17 El Borracho
- 20 La guardia
- 22 De patrulla
- 24 Augurio
- 26 Catatumbas
- 29 Antimotines
- 32 Campo de concentración
- 34 Primer disparo
- 37 Desertores
- 40 La Pestilencia
- 42 La fe
- 44 Literas
- 46 Instantánea
- 48 El día D

50 *Doppelgänger*

52 Oración

## EL RÍO

59 Río abajo

61 —*Anoche un sueño...*

63 Subienda

64 Emboscada

66 Alejamiento

67 Ángel de la guarda

69 La despedida

71 Silogismo

72 Los otros

74 Positivos



*La noche*  
*apenas respiraba*, de

Henry Alexander Gómez, se terminó de imprimir en noviembre de 2018, en los talleres gráficos de Jano, S. A. de C. V., ubicados en Ernesto Monroy Cárdenas núm. 109, manzana 2, lote 7, colonia Parque Industrial Exportec II, C. P. 50223, en Toluca, Estado de México. El tiraje consta de 2 mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica Borges, de Alejandro Lo Celso, de la fundidora PampaType. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz, Juan Carlos Cué y Lucero Estrada. Formación, portada y supervisión en imprenta: Angélica Sánchez Vilchis. Cuidado de la edición: Sofía Soares y el autor. Editor responsable: Félix Suárez.









